



# LA FERIA

Rondando la españolísima plaza de Goiti, ante el atrio de la cristianísima iglesia de Santa Cruz, mis ojos y mis oídos se han dado un festín de algarabía y de color manileñísimos...

\* \* \*

Esas típicas barracas levantadas con materiales—restos de bagueos y de incendios—testigos mudos del paso de la Ruina y del Dolor—son sin embargo los más gayos heraldos del Bullicio y la Alegría.

Donde quiera que sientan ellas sus reales, la pulsación vertiginosa y loca del vivir presente, se para y vuelve sobre sus pasos, tamborileando quedamente a las puertas del pasado.

Eso y no otra cosa representa ese triste hato de tabloncillos pintarrajeados y de hierro viejo; el espíritu del pasado. Es una nota de bulla, plomiza y apagada, que se ahoga fácilmente en el estruendo y el tráfago hodiernos.

Sin embargo, los ojos del recuerdo van siempre hacia ella, porque han quedado prendidas en sus clavos, negros de orín y años, muchos girones de nuestra infancia y mocedad.

Cuando no existía aun el torbellino de los *cabarets*, ni la fantasmagoría del cine, el mocoerío de cada barrio o distrito esperaba con ansia la aparición de las primeras barracas, en el atrio de la iglesia, porque indicaban la proximidad de la fiesta patronal.

Y cuando se echaban las campanas al vuelo, invitando a los fieles al novenario religioso, tocaban también a rebato los corazones juveniles, porque al templo se iba a adorar a Dios en los altares... y en los ojos bienamados.

¡Ojos negros, dulces ojos, estocadas de vida o muerte, húmedas y relucientes con el brillo de otras devociones...!

La feria, con sus colores, sus luces, sus pregones y sus juegos, era el escenario propicio y

celestinesco del mayor juego de todos, del pregon más dulce; el del pequeño Cupido...

La feria entonces era el lugar de diversión popular más algarero y más atractivo, acaso porque no había otros de la misma índole.

Hoy día, la feria ostenta los mismos colores y luces, los mismos pregones y juegos; sin embargo, no es la misma feria de antaño.

Es quizá la gente, el público, que acude a ella, el que ha cambiado de disposición y de espíritu hacia ella.

Ya no es el mocoerío alegre y confiado de antaño, el que se contentaba con poco para divertirse mucho; es la juventud sofisticada y ahita de placeres, de hogaño, que exige mucho para divertirse poco.

Pese, sin embargo, a este cambio de ambiente, la feria sigue levantándose en los atrios de las iglesias, como invariable heraldo de las fiestas del distrito, y como un memento imborrable de la tradición, que nos sonriera una vez cada año, con la triste sonrisa del pasado que vuelve...

\* \* \*

Al entrar en ella, os saluda en la puerta el coro de voces de las lanzoneras, tentándoos el apetito y el bolsillo con un lanzón semiabierto en la diestra, e invitándoos a probar su «dulce» zumo.

Desde luego, más que en la dulzura del lanzón ofrecido, os fijáis en la dulzura del rostro y la frescura de los labios, que os llaman.

De esa guisa, más de un lanzón agrio os parecerá dulce, recibiendo de quien sabe sonreiros dulcemente, sin reparar quizá en la fruta dulce de verdad, que os tiende una cara avinagrada.

Luego, el paladar protestará airado, sintiéndose estafado; mas no importa, la estafa ha sido agri dulce.

Para calmar tales protestas, os acercáis a otros puestos de frutas, donde están a la vista y a la venta públicas, manzanas y uvas, naranjas y naranjitas, castañas y maní.

Con el campante y campanudo maní, sobre todo, podeis estar seguros de que al día siguiente todo se ha de borrar.

A los que no sois aficionados a los juegos de boca, la feria os reserva otros juegos: los juegos de azar o de bicoca, porque los premios ofrecidos son en su mayor parte juguetes pasados de moda, trastos viejos, desechos de almacenes, que van rodando de feria en feria, hasta parar en manos de un jugador afortunado.

parezcan, porque os puede suceder lo que a un distraído le pasó en cierta ocasión.

Tropezó con el soporte del tendal de caña que cubría uno de los puestos; el tapanco cayó sobre la calva de un respetable transeunte; y el dueño de la calva se apoyó sin querer, doblado por el susto y el dolor, sobre el cristal de un escaparate, causando el destrozo y la alarma consiguientes.

Excusado es decir que el distraído paseante tuvo que pagar los vidrios rotos y volvió a casa sin una peseta, jurando y perjurando no volver a visitar feria alguna; por el resto de su vida.

\* \* \*



*El coro de voces de las lanzoneras tentándoos el apetito y el bolsillo con un lanzón semiabierto en la diestra...*

Y no os desaniméis, porque la veleidosa fortuna os sonría muy rara vez o nunca; porque quizá os valgan más las sonrisas de la muñeca de carne y hueso que se guarda vuestras pesetas, que no la sonrisa boba de la muñeca de cartón o porcelana, que jamás descende de su escaparate mugriento y polvoroso, por más vueltas que le deis a vuestra perra suerte y la menaguada bolsa.

Tampoco os descuideis en la contemplación de mostradores y mostradoras, por tentadores que

He visto la feria de Santa Cruz, clavada como un airón de plumas viejas y chillonas en el corazón de la ciudad. En el atrio del vetusto templo pronto colgarán banderolas de luces. Una banda de música pregonará a los aires todas las noches la próxima fiesta del distrito.

¡La pulsación vertiginosa y loca del vivir presente se para y vuelve sobre sus pasos, tamborileando quedamente a las puertas del pasado!

JUANITO